

aire de desconfianza, y sólo después de haberme visto reír y de haberles indicado que había sido una broma, el más atrevido la alcanzó y se la arrojó riendo á sus compañeros.

Entretanto habíanse reunido á nuestro alrededor todos los muchachos que correteaban de aquí para allá. Serían como cincuenta; pero de seguro no se habría encontrado un ropavejero que diera cincuenta céntimos por los trapos que entre todos llevaban encima. Los había de graciosísimo semblante: muchos padecían tiña: en su mayor parte eran de color de café: algunos entre verdosos y amarillentos, de suerte que parecían barnizados con sustancias vegetales. Varios llevaban la coleta á lo chino. Al principio se mantuvieron apartados de nosotros, á la respetuosa distancia de veinte pasos, mirándonos con aire de desconfianza y comunicándose mutuamente sus impresiones en voz baja; mas luego, viendo que no hacíamos ademán alguno hostil, fueron acercándose casi hasta tocarnos, y empezaron á levantarse de puntillas, á inclinarse á uno y otro lado y á bajarse, con el objeto de vernos perfecta y completamente, cual si hubiésemos sido dos estatuas. Nosotros permanecíamos inmóviles. Uno de ellos, más atrevido que los demás, decidióse á tocar una de nuestras botas con la punta del dedo, y retiróle inmediatamente lo mismo que si hubiese abrasado: otro me olió la manga. Hallábamonos completamente rodeados: hasta nuestro olfato llegaban los más exóticos perfumes, y parecíanos oír alguna cosa que zumbara encima de nosotros.

—Vámonos, — dije á Biseo; — ha llegado el momento de ponernos en salvo.

—Tengo un medio infalible, — respondió.

Y así diciendo, sacó bruscamente el álbum y el lápiz, en actitud de copiar uno de aquellos rostros. En un abrir y

cerrar de ojos dispersóse toda aquella chiquillería como si hubiese sido una bandada de gorriones.

Poco después se aproximaron algunas mujeres.

—Milagro será, — nos decíamos los unos á los otros, — que no vengan á darnos una puñalada en nombre de Mahoma.

Y nos pusimos en guardia.

Mas no había para qué, pues se trataba sólo de pobres enfermas sin fuerzas casi para tenerse en pie y sostener levantado el brazo, para cubrirse el rostro con el jaique. Entre ellas había una joven, cuyos lamentos movían á compasión, la cual dejaba ver solamente uno de sus ojos azules, velado por las lágrimas. Comprendí que buscaban al médico y les señalé el punto á que debían dirigirse. Una de ellas, expresándose con gestos, me preguntó si se pagaba: díjela que no, y con esto se encaminaron á la tienda del doctor. Quise presenciar la consulta.

—¿Qué os duele?— preguntó en árabe el señor Miguérez á la primera que se presentó.

—Aquí mucho, — contestó indicando el hombro.

—¿Y qué tenéis? — (No recuerdo lo que dijo).

—Es menester que os vea, — observó el médico, — descubríos un poco.

La mujer continuó inmóvil. He ahí el punto de la dificultad. «Me duele aquí, más arriba, más abajo, á la derecha, á la izquierda;» pero ninguna, ni aun siendo anciana nonagenaria, consiente que el médico la examine, pretendiendo todas que ha de adivinar el mal de que adolece.

—En resolución, — repitió Miguérez, ¿queréis ó no descubriros?

La mujer continuó inmóvil.

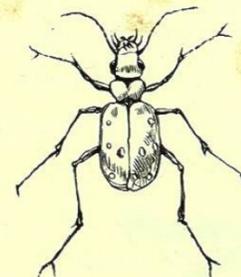
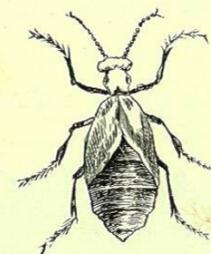
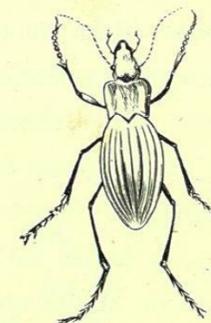
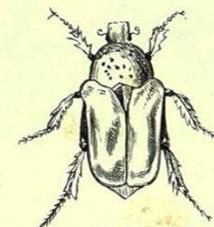
—¿Qué le hemos de hacer! pasemos á la otra.

Y preguntó á la que seguía, en tanto que la otra se alejaba muy abatida. Las demás no necesitaban descubrirse: el médico les distribuyó píldoras y polvos y las despidió. ¡Pobres criaturas! Ninguna de ellas contaba tal vez treinta años, y había pasado ya su juventud, y con ello habían comenzado las fatigas insoportables, los tratamientos inhumanos, y el frío desprecio que hacen horrible la vejez á la mujer árabe, instrumento de placer hasta los veinte años, bestia de carga hasta la muerte.

La comida fué amenizada por una visita de Ben-el-Abbassi: en cambio la noche fué amargada merced á una espantosa invasión de insectos.

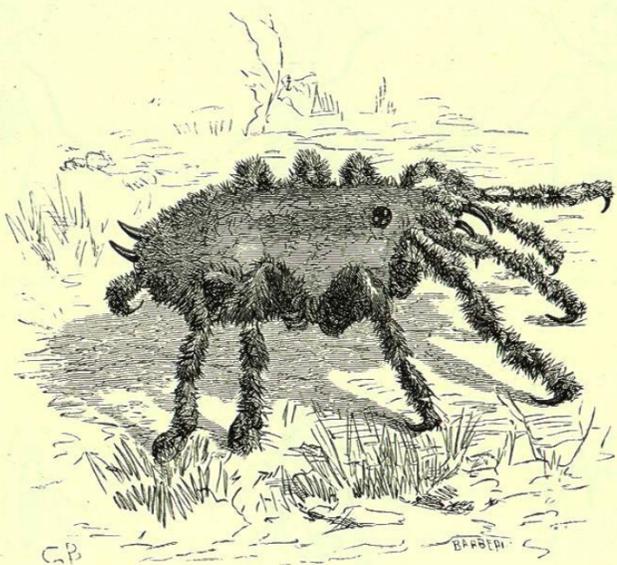
Ya durante las horas del calor habíame hecho augurar mal el desusado movimiento que se descubría entre la hierba. Las hormigas formaban larguísimas cintas negras: los escarabajos se veían á montones: los saltamontes más numerosos que moscas: y con éstos había otros muchos varios insectos que hasta entonces no había visto en campamento alguno y que maldito si me inspiraban la menor confianza. El capitán de Boccard, muy entendido en entomología, me los iba enumerando y describiendo. Allí se veía entre otros, la *Cicindela campestris*, escotillón viviente que con su enorme cabeza cierra la abertura de su madriguera, y al hundirse arrastra consigo á los incautos insectillos que pasan sobre aquélla; el *Pheropsophus africanus*, que se defiende de los enemigos que le embisten, lanzando sobre ellos una rociada de licor corrosivo; la *Meloe majalis*, que arrastra penosamente, como una hidrópica, el enorme abdomen relleno de hierba y cargado de huevos; el *Carabus rugosus*, la *Pimelia scabrosa*, la *Cetonia opaca*, el *Cossyphus Hoffmanségghi*, hoja animada de la cual

hubiera hecho Víctor Hugo una descripción fantástica, capaz de helar la sangre en las venas. Además de éstos, veíase un número inmenso de lagartijas, arañas, cienpiés de un palmo de largo, grillos grandes como el pulgar de la mano y chinches tamañas como los ochavos de la tierra, que iban

*Cicindela campestris**Meloe majalis**Carabus rugosus**Pimelia scabrosa**Cetonia opaca**Cossyphus Hoffmanségghi*

y venían como si se aparejaran para acometer una empresa guerrera. Como si lo dicho no fuese bastante, apenas me había sentado á la mesa, y en el punto y hora en que alargaba la mano para servirme de beber, observé que se había precipitado en mi copa un importuno saltamontes, que en vez de remontar el vuelo ante mi gesto amenazador, comenzó á mirarme con aire impertinente y descarado. Y finalmente, para colmo de desventura, en el momento de levantarnos de

la mesa, vimos comparecer al criado Hamed con el semblante demudado, como de quien ha corrido un gran peligro, que ensartada en un alfiler nos ponía de manifiesto, nada menos que una tarántula, una *lycosa tarentula*, aquella araña terrible que *cuando pica á un hombre*, decía Hamed, librenos Alá, el desgraciado comienza á reír y á llorar, á cantar y á bailar, todo en una pieza, sin que haya más remedio que



La lycosa tarentula

pueda curarle que una música; pero buena, muy buena, la música de la banda del Sultán. Después de lo dicho, imagine, si puede, el piadoso lector, cuál estaría mi ánimo cuando llegó el momento de acostarme.

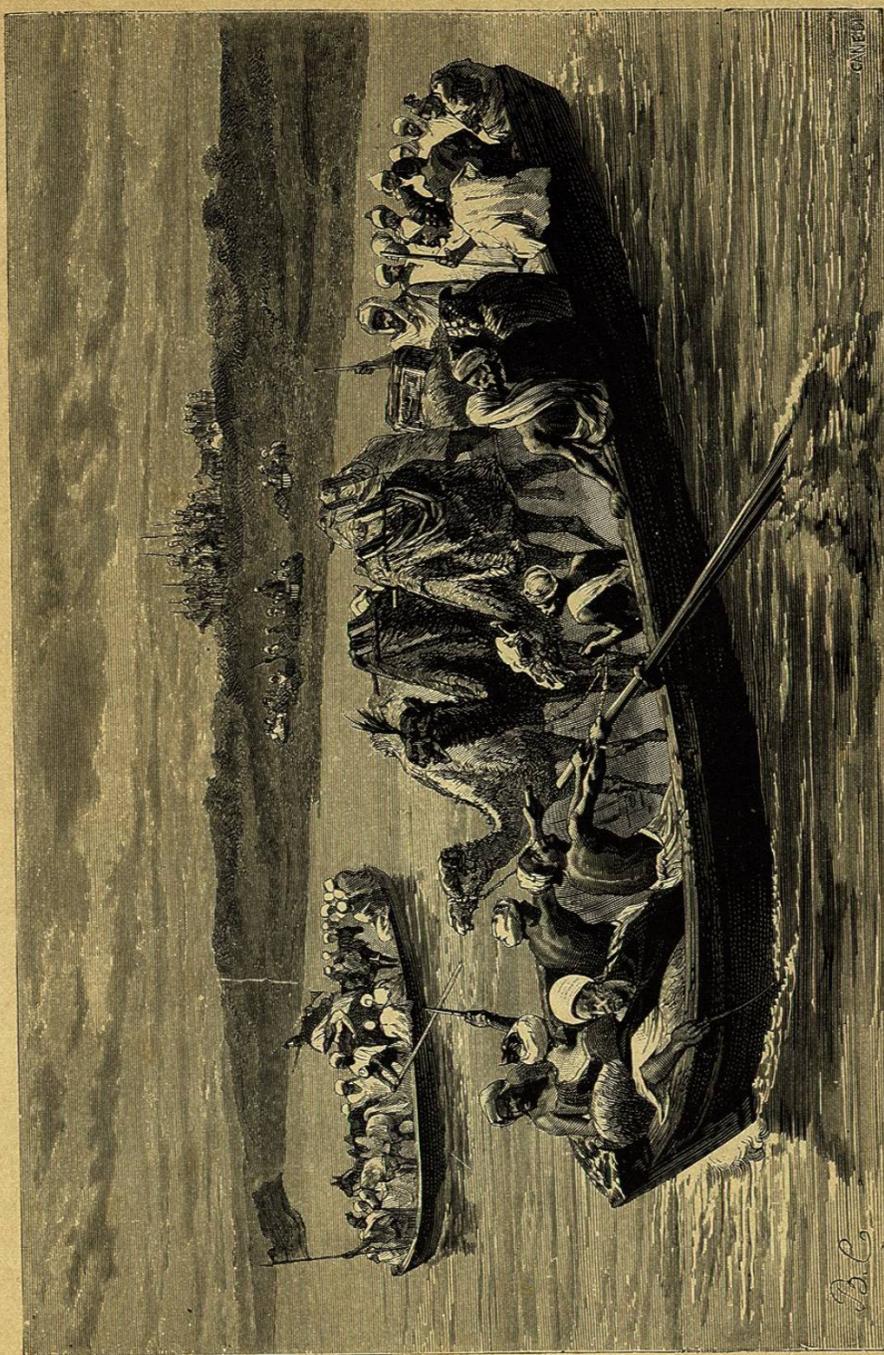
Con todo esto mis compañeros y yo nos acostamos. Hacía ya algunos minutos que estábamos tendidos: habíamos matado la luz y dejado de hablar y felizmente nada sentíamos; mas estaba escrito que nuestra alegría había de durar muy poco. De repente llegó á nuestros oídos la voz del comandante que,

dando un salto en la cama, gritó: — ¡Qué me comen! — Al par comenzamos á sentir alguna novedad. Cierto que durante un rato la cosa no pasó de contactos furtivos, punzadas temerosas, blando cosquilleo, inocentes provocaciones, en suma, de los exploradores y centinelas avanzados, que no tenían importancia; mas no tardaron en presentarse las grandes guardias y el grueso de las fuerzas, y entonces no quedó más remedio que decidirse por la resistencia y tomar la ofensiva. La batalla fué horrible. Cuanta mayor era la resistencia, más encarnizado estaba el enemigo. Salían de la cabecera, subían por los pies, dejábanse caer de lo alto de la tienda. No parecía sino que practicasen asaltos combinados, en virtud de profundos conocimientos estratégicos suministrados por un insecto de gran saber. Aquello era una guerra de religión. Por más que nos defendíamos, era imposible prolongar la resistencia. — ¡La luz! — gritó el vicecónsul. Saltamos los cuatro del lecho, encendióse luz y comenzó la matanza. Á la soldadesca la aplastábamos sin más ni más: en cuanto á las clases superiores, después de clasificadas por el capitán y juzgadas por el comandante, eran arrojadas á la hoguera por el vicecónsul, en tanto que yo hacía su elogio fúnebre en prosa y en versos sueltos que se publicarán acaecida mi muerte. En breve espacio el campo de batalla quedó sembrado de alas, patas, piernas y cabezas: los que sobrevivieron se dispersaron, y nosotros, cansados de tanta carnicería, después de habernos nombrado recíprocamente caballeros de no sé cuántas órdenes, colocamos nuevamente la cabeza sobre la almohada. ¡Pero qué regodeo! ¡Qué ingenua alegría, siquiera fuésemos ya todos algo más que pollos del primer vuelo! ¡Qué francas carcajadas, saliendo del fondo del corazón, y que así alegraban el alma como hacían bien al cuerpo!

El día siguiente, no bien apareció el sol sobre el horizonte, presentóse al embajador el gobernador Ben-el-Abbassi con el objeto de acompañarle hasta los confines de su provincia.

En cuanto hubimos descendido del altonazo en que estuvo establecido el campamento, ofrecióse á nuestras miradas el espectáculo grandioso de la llanura del Sebú.

Este río, uno de los más caudalosos del Magreb, desciende de la vertiente occidental de la cadena de montañas que, arrancando del Atlas, se dirige al estrecho de Gibraltar, y después de un curso de doscientos cuarenta kilómetros, durante el cual recibe varios afluentes, describiendo un arco inmenso, desemboca en el Océano Atlántico junto á Mehedia, en donde el amontonamiento de las arenas, común á la mayor parte de las corrientes fluviales de dicha vertiente, impide por un lado que remonten el río los buques de alto bordo, y da lugar por otro á grandes inundaciones en las épocas de copiosas avenidas, resultantes de lluvias abundantes ó de licuación de las nieves. La cuenca de dicho río, que en su desembocadura abarca el dilatado espacio comprendido entre las ciudades de Larache y Salé, y en su región superior alcanza la del Muluia, río de importancia que señala el confín oriental de Marruecos y abre á los europeos, por el litoral y por Teza, el camino de la ciudad de Fez, comprende, además de esta ciudad, la no menos importante de Mequinez, tercera de las capitales del imperio; puede decirse que encierra en sí toda la vida política de Marruecos y es el centro principal de la riqueza y de la fuerza de los cherifes. El Sebú, particularidad digna de notarse, señala por la parte septentrional, el confín á que llegan los sultanes en sus viajes, y que jamás salvan, como no sea por causa de guerra, puesto que Fez,



El paso del Sebú

Marruecos y Mequinez, en las cuales residen alternativamente, así como la doble ciudad de Salé-Rabat, por la cual pasan para trasladarse desde Fez á Marruecos, se hallan situadas al Sur de dicho río: siendo de advertir que hacen el indicado rodeo para evitarse el paso de los montes que cierran por la parte de Mediodía el valle del Sebú, las vertientes de los cuales se hallan habitadas por las tribus de los Zairi, de raza berberisca mezclada, que gozan fama de ser, como los Beni-Mitir, las más turbulentas é indómitas de cuantas se encuentran en ellas.

Después de una hora de camino llegamos á orillas del Sebú.

Parecióme contemplar el Tiber en la campiña romana.

En aquel punto tenía una anchura como de cien metros, y sus aguas cenagosas, abundantes y turbulentas, corrían encauzadas entre dos riberas altísimas, casi verticales y áridas, al pie de las cuales se extendían dos zonas de terreno fangoso.

Dos barcazas antidiluvianas, empujadas por los remos de una docena de árabes, acercábanse pausadamente á la orilla en que nos hallábamos.

Si no hubiese otra cosa, bastarían aquellos bastimentos para formarse exacta idea de lo que es el imperio marroquí. Hace siglos que los sultanes, los bajáes, las embajadas y caravanas atraviesan el río en aquellos desvencijados y carcomidos artefactos, con los pies en el agua ó en el barro, á veces con grave peligro de zozobrar; y cuando, como con frecuencia acontece, las máquinas se hallan estropeadas, caravanas, embajadas, bajáes y sultanes deben aguardar dos ó tres horas debajo del sol ó de la lluvia, á que los barqueros, con hierba y con tierra, ó como su ingenio les da mejor á